

LOS AFROMEXICANOS, ENTRE “NEGROS” Y “MESTIZOS”

Eduardo Añorve Zapata*

*Cuando la historia se mira desde abajo se humaniza,
el mundo se ve más ancho.
Germán Arciniegas*



Foto: Eduardo Añorve Zapata

La historia de nuestros pueblos y su cultura, los de la Costa Chica de Guerrero y Oaxaca, es nuestra historia escrita por otros, los extraños, los extranjeros, los *frasteros*¹. Por eso es una historia ajena y, muchas veces, espuria o basada en concepciones determinadas de antemano. La ausencia de una historia propia tiene como una de sus causas la *falta de escuela*, la ausencia de instrucción; hasta hace poco tiempo ha privado la supremacía de la tradición oral por encima de la escrita. Todavía existen en la Costa Chica personas que ni siquiera conocen su fecha de nacimiento, ni siquiera el año en que nacieron o la edad que tienen. La historia y la cultura nuestras han sido contadas e interpretadas por otros. Ni siquiera importa si esas versiones y esas interpretaciones son o puedan ser verdaderas, sino que son ajenas: corresponden a una visión y una intención distintas. Por otra parte, las pocas veces que escritores *costeños* han escrito sobre ellas, prefieren privilegiar la anécdota y lo banal, antes que la historia fundada en datos y documentos o la reflexión autónoma sobre el ser y el pensar propios, aunque existen excepciones.

El año 1966 divide en un antes y un después la vida de nuestros pueblos; en ese año se inauguró la carretera que comunica a Acapulco con Pinotepa Nacional (y hasta Puerto Escondido), a Guerrero con Oaxaca, y que permitió mayor velocidad en el traslado de personas y transporte de los productos agrícolas y ganaderos producidos en la región. Si bien es cierto que el objetivo central del gobierno de la República era “construir una red de carreteras que facilite el cultivo de las zonas más fértiles, y ampliar y abaratar el crédito agrícola a ejidatarios y pequeños propietarios para incrementar las áreas cubiertas de oleaginosas y maíz 2”, para lo cual habían “proyectado un programa

*Nació en 1961, Cuajinicuilapa, Gro, 1961. Escritor y fotógrafo. Articulista y reportero de El Sur, Trinchera, La Costa, El Faro de la Costa Chica, La Jornada Guerrero. aze61@prodigy.net.mx

1 Frastero: Forastero, el que viene de fuera, el ajeno.

2 Adolfo Ruiz Cortínez, candidato a la presidencia de la República, durante un discurso dicho el 9 de marzo de 1952 en Chilpancingo, Gro.

funcional de caminos que ligen zonas agrícolas, mineras y turísticas³”, la carretera sería una vía de comunicación en muchos sentidos, resaltando entre ellos el relacionado con el espíritu y el conocimiento, con la cultura, estimulados a través de la educación y los centros de enseñanza, las escuelas, y con ellas la escritura y la lectura, la cultura escrita y asentada. En una de esas, en Cuajinicuilapa, por ejemplo, el nombre regional del pueblo dejó de ser *Cuijla* y se convirtió en *Cuaji*, dado que los señalamientos y anuncios en la carretera se referían a Cuajinicuilapa y, por si eso no bastara, la documentación burocrática empezó a abundar; de allí al apócope transcurrió poco tiempo. Hoy en día sólo algunas personas nostálgicas o muy viejas y uno que otro libro prefieren utilizar el antiguo *Cuijla*. Nos estamos civilizando.

“Sólo se buscan quienes no se encuentran”, escribí hace tiempo. Y el costeño se encuentra, se ubica, se acomoda en ciertos modelos, muchos de los cuales ha contribuido a construir y mitificar a lo largo de incontables años inmemoriales. “Soy el negro de la Costa/ de Guerrero y de Oaxaca./ No me enseñen a matar/ porque sé cómo se mata,/ y en el agua sé lazar/ sin que se moje la reata⁴”, compone y canta Álvaro Carrillo a mediados del siglo veinte. Con la electrificación de la zona y el uso de aparatos electrónicos para reproducir la música en formatos accesibles al público (discos 45 rpm, LP y cassette), a fines de la década de los sesenta, en la de los setenta y hasta principios de los ochenta se difunde y populariza esta chilena. Se convierte en una especie de himno regional. Es común que los varones quieran ser el *negro de la costa*, a quien nadie puede ni debe enseñar a matar porque domina esa actividad con suficiente maña, el que es diestro en las suertes de la vaquería y la charrería, quien es galán de las negras bonitas. “Cierto que echo mis habladas,/ pero Sóstenes me llamo./ A mí nadie me hace nada,/ como quiera yo las gano,/ y no hay ley más respetada/ que el machete entre mis manos”, enuncia, declara y reta el negro de la costa por boca de Darvelio Arredondo, un tanto fanfarrón, lo reconoce, pero *implacable en el combate*⁵, dueño de la ley, la ley él mismo, sobre todo si tiene un machete y con él amenaza o pelea, y mata. No es casual que se utilizara el primer verso de esta chilena para poner título a un fonograma de “música y poesía afroestiza de la Costa Chica”:

me refiero a “Soy el negro de la Costa...”, publicado en 1996 por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Instituto Nacional de Antropología e Historia, cuyas “notas, comentarios a los ejemplos musicales, fotografías de portada e interiores y grabaciones de campo” estuvieron a cargo de Gabriel Moedano Navarro, quien estudió las manifestaciones culturales de la zona desde mediados de la década de los sesenta. En materiales como éste se manifiesta la ambigüedad que recorrerá y recorre los estudios sobre afromexicanos en el país: verlos oscilar entre *negros* y *mestizos*, aunque a este último concepto frecuentemente se le anteponga el prefijo *afro* para señalar el origen de la tercera raíz constituyente de lo mexicano, la africana.

Nos estamos civilizando, globalizándonos, y lo que permanece, ha resistido y continúa, es lo que nos da identidad: la cultura. Plagiando a Eliot, intuyo que la cultura costeña existe en gran medida porque tenemos un modo específico de cocinar, y de comer. Tamales de carne cruda en hoja de plátano, barbacoa de res con chile rojo, mole de iguana verde con huevos (y los consabidos tamales), caldo de iguana prieta, cerdo en *chileajo* o en *chirmole*, viuches de cerdo, caldo de vaca en chile rojo con tanilpa, baso relleno al horno, pozole blanco de cerdo, mole de pescado, tamales de tichinda, chilate, etcétera. Una cultura que no se reduce a la cocina sino que se manifiesta en la música, en la poesía, en el baile y la danza, en la pintura, en la fotografía. Cultura adolescente, con sus zonas irracionales y sus destellos magistrales, cultura en fin.



Foto: Eduardo Añorve Zapata

³ *Ibid.*

⁴ La sureña (Soy el negro de la Costa), 1954.

⁵ Kalimán *dixit*.



Foto: Eduardo Añorve Zapata

La fuerza elemental del paisaje, la imaginación metafórica y la renovación de las formas ⁶ de la chilena en José Agustín Ramírez; el romanticismo y la universalización del dolor y la desesperanza amorosa de Álvaro Carrillo, a través de imágenes sofisticadas; los conceptos básicos del desamor encarnados en escuetos versos parcos y certeros de Indalecio Ramírez; todos ellos compositores de canciones omnipresentes y necesarias. La interpretación vocal vigorosa y grave de Vidal Ramírez, Darvelio Arredondo, Ismael Añorve –cuya maestría interpretativa en la guitarra es ejemplo y modelo ⁷–, Chanta Vielma, Baltazar Velasco e Higinio Peláez, en contraste con las voces impostadas y serpenteantes de Jesús Hernández ⁸, Los Cimarrones ⁹, Jesús Barete¹⁰, Emiliano Gallardo ¹¹, pasando por la

música de fusión ¹² y la maestría instrumental de Los Magallones, la alegría congénita y fresca ¹³ y el humor ¹⁴ de Juan Morales y Los Multisónicos de la Costa, la lírica popular, el sentimiento y la pasión de Los Gallardo ¹⁵, el refinamiento y la versatilidad de Blanco y Negro ¹⁶, la ingenua ternura del Apache ¹⁶ ¹⁷, la rusticidad de Los Donnys ¹⁸, la arrechura de Esteban Bernal ¹⁹ y su acordeón de botones, y la elegancia y virtuosismo de Aniceto Molina ²⁰ al frente de la Luz Roja de San Marcos; mención aparte merece la canción *Maldición* ²¹, en voz de Constantino Gallegos y acompañamiento de Flama Tropical; como colofón, la perfección técnica de Francisco Pérez Melo, guitarrista clásico.

En el terreno de la poesía, el erotismo de algunos sonetos de Juan García Jiménez; la musicalidad y el regionalismo de Rubén Mora; la prodigalidad imaginativa de Citlalli Guerrero; la sobriedad y la manía por el estilo de Eduardo Añorve; teniendo de fondo *los versos* y los verseros y verseras. En el terreno de la danza, se va desde la elemental monotonía en el taloneo de la artesa, la fuerza, la rusticidad y el éxtasis rítmico en el baile de los diablos, hasta la elegancia, el colorido y la finura de la chilena. La pintura ingenua y colorida de Julia López y Casiano García y la búsqueda de las formas trascendentes en los grises de Jaime d'Angela. Las imágenes fotográficas de Ariel Baños que se centran en los afroamericanos de la costa oaxaqueña, y las de Eduardo Añorve, quien pretende retratar seres humanos. Anoto, también, algunas artesanías ahora en

6 El uso de eneasílabos en vez de octosílabos en *Caleta*, por ejemplo.

7 *La malagueña curreña*, pongamos por caso.

8 Cantante y compositor del bolero costeño del grupo Mar Azul.

9 Tiburcio Bucho Noyola e Ildefonso Rendón, los últimos y actuales Cimarrones.

10 Cantante y compositor del bolero costeño del grupo Miramar.

11 *Estoy sufriendo por ti* es uno de los boleros costeños más líricos y emotivos, después del clásico *Tarde de marzo*, en virtud al oficio del compositor y al estilo *llorativo* y con voz serpenteante del cantante, que se resumen en uno: Emiliano.

12 Pioneros en utilizar instrumentos electrónicos para interpretar chilenas, logrando consolidar un híbrido entre la chilena y la cumbia.

13 *El poquilín*.

14 *La mosca coqueta* y *El santo seco*, por ejemplo.

15 Con don Eulalio Gallardo al arpa, último ejecutor, al parecer, de ese instrumento en la Costa Chica.

16 Nabor Anica y Juan Estevez.

17 *La han visto llorando*.

18 Sus primeros corridos.

19 *Ya me voy pa' Carolina*.

20 Acordeonista de origen colombiano.

21 De autor desconocido.

desuso o desaparecidas en la zona baja de la Costa Chica y preservadas entre los amuzgos y mixtecos: la elaboración de telares ²², el calado y adorno de la jícara y la elaboración de máscaras ²³ en muchas poblaciones, casi siempre con propósitos prácticos.

La historia que tenemos pendiente por contar es la historia de todos, la colectiva, no la de unos cuantos, la de la cultura afromexicana, la de la Costa Chica. En esta empresa, conceptos como *raza* o *etnia* resultan excluyentes, discriminatorios. Como afirma Francisco Moreno Fernández, *la identidad no impide compartir elementos con otros grupos o individuos*. Y la historia de la Costa Chica nos enseña que los límites no existen, y si existen son ensanchados y estrechados continuamente por el zig-zag del devenir de los hechos sociales, políticos, económicos y culturales.

Los Afromexicanos ahora

Luego de varios siglos de mezcla, donde los Ayuntamientos entre indias y negros fueron frecuentes, los valores etnocéntricos perduraron, asumidos por los afrodescendientes, hoy costachiquenses ²⁴: la pretensión del blanqueamiento de la piel, la identificación de lo *negro* con lo malo y lo negativo, etc. De este mestizaje nació el ser costeño, cuyos elementos unificantes e identificadores se encuentran en el modo de hablar, dialecto del español; el “gusto” para festejar los ciclos vitales (nacimiento, matrimonio y muerte, cuando menos); la música, siendo el

bolero costeño, la cumbia, el corrido y la chilena las formas más populares y tradicionales; el baile; algunas danzas; las expresiones verbales; el exaltamiento de valores ligados a la agresividad; la predilección por el juego y la apuesta: los gallos, la baraja; la comida; la agricultura y la ganadería como actividades económicas básicas; etc. En suma, la cultura afromexicana.

Los costachiquenses tenemos esta cultura, aunque sin la conciencia plena de ello; pendiente queda una organización corporativa interna que nos permita transitar de costachiquenses a afromexicanos; es decir, a individuos dueños de una cultura que incluye a los distintos grupos étnicos que la comparten y que, además, seamos conscientes de nuestro origen e historia, capaces de impugnar el Estado nacional mexicano que nos ha excluido, que nos excluye, negándonos el derecho a existir legalmente, a ser sujetos de la historia y la cultura mexicanas, restituyéndonos la condición de ciudadanos, enriqueciendo la pluriétnicidad de este país de *morenos*, también nuestro.

Una de las acciones obligadas y necesarias que debiera emprender el Estado mexicano es reescribir y enseñar la historia del país, donde se incluya a todos los grupos étnicos y su participación en la construcción de *lo mexicano*. En palabras de Aguirre Beltrán: “demostrar la importancia que tiene el negro en la constitución de la sociedad mexicana en un momento clave de su historia; aquél en que toma forma la nacionalidad actual” ²⁵; y con base en las propuestas de Martínez Montiel ²⁶ y de Enrique Florescano ²⁷. Los afromexicanos existimos, independientemente del

22 Todavía en 1948 y 1949, cuando Aguirre Beltrán visitó Cuajinicuilapa pudo encontrar que las mujeres trabajaban con telares de cintura para fabricarse sus telas, aparte de confeccionar sus propios hilos, actividades propias de una zona algodonera (“once máquinas desmotadoras... desde Nexpa hasta Jamiltepec, en Oaxaca”).

23 Para las danzas de los diablos, el machomula, la tortuga, el Terrón y la Minga, por ejemplo.

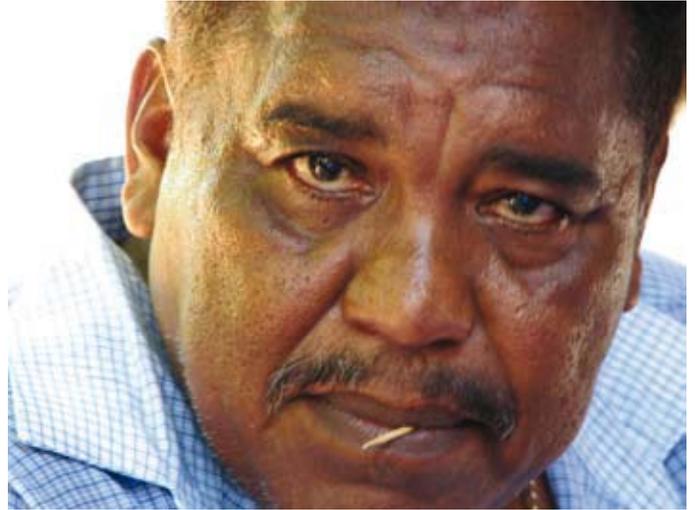
24 La población de la Costa Chica puede y se asume fácilmente como costeña o costachiquense; denominarla afromexicana tiene el propósito de hacer notar que junto con la herencia indígena y la española, la africana también es importante.

25 Aguirre, Gonzalo. El negro esclavo en Nueva España.

26 “Hace falta, pues, para activar los factores de identidad, esa nueva historia cultural que incluya la de los indios y la de los negros, además de la de los europeos.” Martínez, Montiel. “Un imperativo para la educación: reescribir la historia cultural”.

27 “Los estudios históricos y las reflexiones teóricas de Gonzalo Aguirre Beltrán ejercieron una influencia decisiva en las transformaciones que enriquecieron el análisis de la historia social. Su estudio original y aun no superado sobre la presencia de los negros en la sociedad colonial, fue uno de los primeros en señalar el carácter pluriétnico del virreinato, y el primero en señalar la importancia demográfica, social y cultural de los negros en la formación colonial”. “... ante la densa y desordenada acumulación de conocimientos históricos heredados, y ante la prodigiosa multiplicación de nuevos conocimientos, los historiadores de este final de siglo XX estarían obligados a desarrollar un esfuerzo consistente en coleccionar ese vasto legado de obras que permitan su consulta racional, su enriquecimiento y actualización progresivas, y su transmisión adecuada a las nuevas generaciones”. Citado en: Florescano, Enrique (1991).

concepto que mejor nos denomine. Un acto de justicia para con nosotros y con el país entero sería hacer realidad las palabras de Emiliano Zapata, las que aluden al mestizo perfecto, el que aloja y conjuga los varios y distintos, armonizándolos.



Fotos: Eduardo Añorve Zapata

BIBLIOGRAFÍA

● Aguirre Beltrán, G. *Obra antropológica XVI. El negro esclavo en Nueva España. La formación colonial. La medicina popular y otros ensayos.* México, 1994.

● Bonfil Batalla, G. (coord). *Simbiosis de cultura.* México, 1993.

● Florescano, Enrique. *El nuevo pasado mexicano.* Cal y Arena, México, 1991.

● Moreno Fernández, Francisco. “El *espanglish* en la palestra” en <http://cvc.cervantes.es/>, 2003.

Una cultura que no se reduce a la cocina sino que se manifiesta en la música, en la poesía, en el baile y la danza, en la pintura, en la fotografía. Cultura adolescente, con sus zonas irracionales y sus destellos magistrales, cultura en fin.